

De la gramática narrativa a la gramática escénica: *El caballero incierto*, de Laila Ripoll y Rosa Montero

ADELARDO MÉNDEZ MOYA

Resumen

Reseña de *El caballero incierto*, de Laila Ripoll y Rosa Montero, Málaga, «La Calderona», El Toro Celeste, 2022, 88 páginas, ISBN: 978-84-123313-8-7, precio: 15 €

Abstract

Review of *El caballero incierto*, by Laila Ripoll and Rosa Montero, Málaga, «La Calderona», El Toro Celeste, 2022, 88 pages, ISBN: 978-84-123313-8-7, price: 15 €



El caballero incierto, pieza teatral compuesta por Laila Ripoll a partir de un material narrativo de Rosa Montero, se estrenó en el año 2021, en el seno del Teatro Español de Madrid, con dirección de Alberto Castrillo-Ferrer y José Recuenco e interpretación — más que notable, merecedora de diversos galardones, entre ellos el de la Unión de Actores a la Mejor Actriz Protagonista o la candidatura, a la misma categoría, en los Max — de Silvia de Pé — a quien pertenece la idea original del espectáculo—. Y ahora, al fin, tenemos a nuestra disposición el texto, al que me voy a referir en la presente ocasión, editado primorosamente por El Toro Celeste en su colección de teatro «La Calderona».

La temática y la peripecia del texto dramático coinciden de lleno con el fragmento novelístico del que procede y del cual, a un tiempo, se independiza. Nos situamos en 1900, según la acotación inicial — esencial el contexto histórico-temporal, que nunca debemos olvidar, si bien se imponen las necesarias extrapolaciones al presente del receptor—, ante la tesitura de una mujer, Josefina Aznárez, que nos

pone en antecedentes sobre un tal Luis Freeman, a quien sirve, en un primer momento, de presentadora, pues él —que, al parecer, permanece tras un biombo— intervendrá a continuación. Josefina apela al público de forma directa en su discurso, que plantea distintos asuntos: la bisoñez generalizada hacia la mujer, en especial si no resulta muy atractiva y actúa como elemento decorativo, y con mayor incidencia en la dificultad o imposibilidad de la realización de la autoría literaria a manos de una mujer. No ya el reconocimiento, sino la mera



Adelardo MÉNDEZ MOYA, “De la gramática narrativa a la gramática escénica: *El caballero incierto*, de Laila Ripoll y Rosa Montero”, *Artifara* 23.1 (2022) Marginalia, pp. vii-ix.

Recibido el 27/05/2023 ∞ Aceptado el 07/06/2023

publicación –es decir, su existencia como creadora– le es inalcanzable. Y, en virtud de ello y de manera paralela, su vida propia y su libertad, en beneficio del hombre.

Para alcanzar sus objetivos y metas, Josefina Aznárez inventa una realidad alternativa y crea un personaje perteneciente al otro género, esto es, un hombre, que no es otro que Luis Freeman. Y, en efecto, todo cuanto a ella –por su esencia auténtica y condición– se le niega, a él se le permite, valora y enaltece. Donde ella fracasa, él triunfa. La falta de atractivo y gracia de Josefina se convierten en encanto, seducción y fascinación en Luis. Su éxito social, intelectual y particular contrastan con la frustración, el desengaño y la decepción que producen las derrotas de ella.

Pero resulta, insisto, que Luis existe como invención ilusoria de Josefina. Ella, de forma consciente y voluntaria, se ha desdoblado en su personaje masculino, que recibe honores y parabienes por aquello, por lo mismo, por lo que a ella se la ninguneaba, ignoraba o rechazaba. En consecuencia, Josefina Aznárez se inclina preferiblemente hacia su vida como macho en perjuicio de su verdadera realidad. La identidad pierde claridad en sus fronteras para, después, decantarse a favor de la masculina. Su intención consiste en propiciar que su identidad usurpadora se imponga, de modo definitivo, sobre la auténtica. Para ello desarrolla un plan, que incluye la aparente destrucción de Josefina, fruto del cual el triunfante Luis dispondrá de una existencia sin trabas para desarrollarse a su capricho. Pero ¡ay!, un inopinado accidente da al traste con su propósito y la intriga queda frustrada, consecuencia de lo cual Josefina –y con ella, inseparable, como no puede ser de otra manera, Luis– sufre condena y confinamiento en una institución de salud mental.

Esta quizás excesiva síntesis argumental permanece y se extiende invariable del original de Rosa Montero –procedente de su novela *La carne* (Alfaguara, 2016)–, cuyo fragmento en cuestión se incluye, con acierto, en la edición de *El caballero incierto* junto al texto dramático de Laila Ripoll. Pero aquí, en la trama y la intención, termina la analogía, de suerte que la obra teatral se constituye como creación o, si se prefiere, recreación propia e independiente.

Laila Ripoll realiza, en mi opinión, un excelente trabajo tanto en el desarrollo y la amplificación argumental como en la traslación de una gramática narrativa a otra escénica. El tono, en apariencia, transita entre lo desenfadado y lo divertido para, sin solución de continuidad, incrementar el sentimiento de lo dramático y lo terrible. La sencillez y amenidad de los discursos ofrece una apariencia de cotidianidad, de algo corriente... Mera fachada que no disfraza ni disimula la atrocidad fenoménica, relativa tanto a los aspectos intelectuales como, y con mayor incidencia, a los sentimentales. La acción la desempeña un único actante, si bien desdoblado, pero sus actos, sus pensamientos y afirmaciones, sus decisiones y planteamientos obedecen a motivos de índole social, a conveniencias colectivas instauradas como inamovibles e idóneas cuando distan muchísimo de serlo. La imposición de determinados dogmas y roles, junto a la represión y aniquilamiento de lo que se distancia u opone a ello, consisten, en verdad, en las auténticas causas que condicionan la realidad, que posibilitan y estimulan lo erróneo, lo injusto, lo arbitrario y lo ilícito.

El discurso directo y la oralidad imprescindibles están logrados a la perfección. Los diálogos parciales –inevitable– entre Josefina y Luis, sus respectivos monólogos, o, por mejor decir, el monólogo escindido y desdoblado –lo que en puridad es–, junto al recurso de dirigirse al público por vía directa, otorgan agilidad y eficacia a la acción, que fluye muy bien, con naturalidad y sin estridencias –dentro de lo excepcional del caso, claro–.

El juego del desdoblamiento, como se especifica en el texto, similar a unos Jekyll y Hyde más domésticos, por así decir, no tan agresivos y virulentos, mas no menos atroces en su esencia, funciona como idónea herramienta de transmisión para aquello que se nos propone. La construcción del espectáculo y su estructura dramático –anuncio, desvelamiento, unidad entre distintos y conclusión– están resueltas con talento, acierto, oficio y solvencia.

La capacidad de la actriz para transmutarse, tanto como su complicidad, me parecen esenciales para alcanzar buen puerto en la propuesta, como también los elementos de indumentaria y caracterización. Porque otro aspecto clave de la naturaleza de *El caballero incierto* lo encontramos en la variación, en el devenir de una metamorfosis, en principio solo física, externa, que, mediante la intención y la voluntad de su ejecutante, aspira y procede a extenderse a la totalidad del ser. Lo fingido y aparente pretende prevalecer sobre lo auténtico. Pero sin la primera, la mera apariencia, lo que sigue carece de sentido.

La transición entre una personalidad y otra no la presenciamos de forma directa, sino que se produce tras un biombo. Y este elemento me parece otro justo valor digno de aprecio, en tanto beneficia a la sorpresa –la sustitución de una señora por un individuo, ambos con notable caracterización genérica, de modo que aumenta el contraste–, considerando su utilización ejemplar. Recurrir a un biombo es un ejercicio de acentuación, de incremento de importancia hacia aquello que procederá de allí. Lo que permanece oculto resulta irrelevante, en beneficio de aquello que, tras su provisional escondite, se nos revela. Lo trascendental y significativo es lo que sale de detrás del biombo, no lo que se queda. Esto puede parecer –y hasta cierto punto es– una perogrullada... O debería serlo, algo que dista mucho de la realidad, si nos atenemos a las muy numerosas ocasiones en que la utilización de un biombo o similar cuerpo opaco sirve como único fin para evitar mostrar algo, por dificultad intrínseca, por ausencia de recursos o por razones tan peregrinas como triviales, que nada más tratan de ocultar la incapacidad de afrontar y resolver problemas sobre las tablas. Se habla de ello, se lo señala, se reacciona ante algo que el espectador no ve ni conoce porque se le impide. En el texto espectacular que nos ocupa, el biombo es importante y su uso, limitado y medido, resulta excelente. Al igual que otros integrantes del atrezzo, como el gramófono –llamada de atención que refuerza la sensación de arcaico–, los cortinajes o, con especial importancia, el bebedizo que Josefina prepara a Luis, aderezado como se debe, básico para conducirnos al desenlace de la acción. En definitiva, un muy interesante y certero texto, hábil, eficaz, conmovedor y que, sin duda, desde su insólita aventura nos impulsa a reflexionar, a replantearnos determinadas circunstancias, situaciones y comportamientos que, a pesar del transcurso de los años y las décadas, aun salvando las distancias, mantienen una vigencia indeseada y carente de justificación, y las consecuencias que pueden ocasionar.

Por último, aunque no por ello menos importante, cabe mencionar el más que notable trabajo de las personas responsables de El Toro Celeste, que se verifica, tanto en la elección de tan estupenda pieza espectacular –acorde con los títulos que le han precedido en la colección «La Calderona»: *Música para Hitler*, de Juan Carlos Rubio y Yolanda García Serrano, e *Invierno en Sevilla*, de Alfonso Zurro–, como en la edición, muy cuidada y de fácil y ágil lectura.

El volumen contiene un emotivo prólogo de Silvia de Pé –madre de la idea e impulsora del proyecto, amén de excepcional e inolvidable intérprete del (los) personaje(s) en su estreno–, el texto teatral de Laila Ripoll, el aludido fragmento de la novela de Rosa Montero y una decena de fotografías del montaje que aportan imagen visual –y espectacular– como refuerzo y constatación de la maravillosa representación escénica de la pieza.

Disfrútenlo. Salud.

